

Opinión

Por Tomás Abraham*

La fragilidad ética

La palabra tolerancia es débil. Constituye una expresión laica de la compasión o misericordia que reconoce nuestra condición de criaturas desvalidas frente a la gloria del Señor. Tolerar es resignarse a la existencia del que nos es diferente, de ahí su fragilidad ética.

Sin embargo, la tolerancia es un asunto político. Y, además, un eje para medir la idiosincrasia nacional. Aún no se ha escrito la historia política de la intolerancia argentina.

El día que entendamos el porqué un gobierno como el de Onganía, que justificó su golpe de Estado por un afán de racionalización, modernización y eficiencia —frente al letargo del presidente Illia— inició su campaña allanando hoteles alojamiento, encerrando y publicando los nombres de sus huéspedes, violentando a los enamorados en los autos del bosque de Palermo, el día que entendamos que las campañas moralizadoras de los sucesivos gobiernos nacionales no son el barniz de la política sino una de las ideologías fundamentales para justificar estrategias de grupos de poder, ese día comenzaremos a escribir esta historia política que falta. La homosexualidad no es una enfermedad, pero decirlo así, sí lo es. Esta enfermedad se llama sadismo institucional. Se sostiene en un placer exclusivo de los que ejercen funciones de autoridad. Este placer, a su vez, se basa en la crueldad. Una de las características claves de la crueldad es humillar.

La homosexualidad no es un peligro para el hogar. Algunos juristas sí lo son. Ni un peligro para la sociedad. Ni las brujas, ni los usureros medievales, ni los gitanos, ni los negros, ni los judíos, ni los musulmanes, ni los disidentes políticos, ni los herejes, jamás fueron un peligro para la sociedad y sí para algunos privilegios.

La homosexualidad no es contranatural porque la sexualidad humana no es natural. Es cultural. No es biológica, es simbólica. Sexualidad y reproducción biológica no son equivalentes. La historia es prueba y testimonio de la multiplicidad de sexualidades culturales, desde la amistad entre varones griegos, hasta los amores de los frailes medievales. Pero si inventáramos una naturaleza ideal, la homosexualidad tampoco sería contranatural. La alfabetización y el fútbol también son un rasgo exclusivo de la especie humana, y no por eso son contranaturales.

La homosexualidad no es condenable por lo que dicen las Sagradas Escrituras. No se han dictado por el momento leyes contra la hipocresía, ni se han quemado hipócritas, ni se los ha culpado de violentar el orden natural, aunque la hipocresía haya sido condenada con frecuencia en la Biblia. Creer que una asociación de homosexuales con personería jurídica puede llegar a difundir determinado tipo de conductas y estimular estilos sexuales singulares es creer que todos seríamos homosexuales si nos dejaran. Lo que es una exageración.

Condenar a la homosexualidad desde una lógica de la especie, es crasa ignorancia. Muchos

homosexuales tienen familia e hijos, aunque esta afirmación sorprenda a quienes siempre creyeron que los indios no hacen más que atacar caravanas con mujeres y niños rubios.

Confundir homosexualidad con afeminamiento es torpeza visual. No hace falta viajar por las calles de San Francisco para encontrarse con un buen par de roperos gay. Por el contrario, las fuentes tradicionales de la civilización occidental —desde lo grecorromano hasta el medioevo cristiano— exponen opiniones autorizadas que afirman que los que se enamoran muy seguido de mujeres son afeminados, blandos de carácter.

Existe una precisa relación entre modos de organización social y grados de moralidad y tolerancia. Daré algunas características de cómo se implementa en nuestro país. Hablemos del fundamentalismo ético.

Fundamentalismo no es un calificativo mordaz para designar a una fracción del ejército. Es el modo de pensar de importantes sectores del poder en la Argentina. Algunos implicados rechazan la palabra y prefieren llamarse integristas. El integrismo tiene un proyecto cultural diferente al democrático. Propone-impone una homogeneidad y una integración de valores que enlaza lo económico-político-religioso-social. Condena a la sociedad moderna por su pretensión de organizarse sin Dios, de ser atea. Afirma la decadencia y la corrupción de las sociedades sin trascendencia. Se inspira en la sociedad medieval para rescatar un proyecto cultural integrador. Lo que es falso. El medioevo es una época de luchas, guerras, genocidios. Las cruzadas pretendieron exterminar a los musulmanes, representantes de la civilización más avanzada de aquellos tiempos. Otras cruzadas masacraron a la iglesia cristiana de los cátaros, religión de la mayor parte de la población del sur de Europa. Se quemaron judíos a granel, y la masa creciente de pobres y famélicos era un buen espejo para que los poderosos se sintieran generosos.

El integrismo también tiene su precio en sangre. Se basa en una metafísica a la que le horroriza la diferencia, el cambio, los conflictos, la pluralidad. Hasta se lamenta del bing-bang cósmico que dio por terminada la concentración de materia inicial.

La palabra democracia es como la plastilina. En nuestro país fabrican cualquier cosa con ella.

Queda bien para no tener conflictos con la legalidad internacional. Pero dentro de nuestras fronteras domina el autoritarismo puritano.

El argentino prototípico se cree muy macho. Su estado anímico-clínico más frecuente es la paranoia maniaca. Jamás deja que nadie le tome el pelo, pero por sobre todo que nadie le toque el.

Por eso, cuando se niega la personería jurídica a la Comunidad Homosexual Argentina, se es coherente con una fuerte tradición nacional. Que, por supuesto, no es eterna. Los homosexuales sí son eternos, aunque a muchos les duela el.

* Filósofo, docente; su último libro es Los senderos de Foucault.